

Señales de lo Sagrado

...El propósito de este trabajo es encontrar un camino hacia lo Sagrado...

Comenzaré por recopilar cronológicamente las experiencias significativas que he tenido a lo largo de mi vida, y que son las pistas y las pruebas de que otro espacio profundo y luminoso habita en mi interior, espero que este trabajo me ayude a dar con el...

Primera experiencia, se podría decir que, con “la belleza”.

El niño y la flor.

Tendría alrededor de cuatro o cinco años y vivía con mis padres en un barrio que no mucho tiempo atrás había sido huertas, fraccionadas en manzanas y estas en parcelas económicas donde gente humilde poco a poco iba construyendo sus casas. Las calles eran de tierra y solo una bombilla en cada esquina alumbraba tan solo debajo de sí. Los niños deambulábamos por el barrio, por las calles y terrenos baldíos jugando y buscando con qué entretenernos, las madres solían llamarnos para comer o para lo que fuera, saliendo a la puerta de casa y gritando con fuerza el nombre de su hijo, siempre en diminutivo.

Una mañana de primavera, el aire era fresco pero radiante, así lo recuerdo, también recuerdo el clima interno que me acompañaba, podría describirse que “distraídamente feliz”. Creo que volvía de ver los animales que criaba un vecino, patos, gallinas, cerdos, que a veces se acercaban al alambrado y podía uno tocarlos, cuando de repente al pasar por el jardín delantero de una casa, un rosal había florecido. En ese momento todo desapareció a mi alrededor. Aquello fue para mí un milagro que me dejó extasiado, me tomó por completo y quedé fascinado ante tanta belleza. Podría decir sin lugar a dudas que fue la primera vez que me enamoré ¿Cuánto tiempo permanecí frente al rosal? No lo sé, solo sé que salí de “ese mundo” al grito de **-¡¡¡Pablito, a comer!!!-**.

El pino talado, Febo y la bruma del atardecer.

La siguiente experiencia que recuerdo fue cuando tendría diez u once años. Sucedió en la casa de mi abuela paterna, ella vivía en Córdoba, una provincia del interior de la Argentina, en un pueblo llamado Valle Hermoso. Mi abuela no vivía en el valle, sino en la parte alta de la sierra, donde las casitas se desperdigaban sin orden alguno. Estas casas no tenían dirección postal, el cartero conocía a cada una por su nombre, la de mi abuela “Chalet Mi Cariño”, que así ponía en un cartelito sobre la puerta de entrada. Su casa estaba rodeada de árboles frutales y algunos pinos. Desde allí podía verse todo el valle, recortado como un tapiz de distintos tonos de verde, y al fondo las otras sierras que encajonaban el valle. En la parte delantera de su casa había un pino casi centenario que un rayo estuvo a punto de partir por la mitad. La parte superior corría el riesgo de caer en cualquier momento y se decidió entonces cortarla para evitar accidentes. Fue así como mi querido pino quedó mocho. A él solía trepar para sentarme en esa especie de taburete que le había quedado en su cúspide y desde allí como si de una atalaya se tratara podía observar el paisaje en toda su amplitud. Sucedió un día cualquiera, cuando caía la tarde que se me ocurrió subir al pino, fui trepando del mismo modo de siempre, tenía el ascenso muy bien estudiado, Me senté cómodamente en la cúspide para pasar un rato, pero el espectáculo que vi esa vez me conmovió profundamente. Un gigantesco sol rojizo comenzaba a esconderse, recortando la silueta de los cerros ya en penumbras, delante, el valle cubierto por la bruma, y esta reflejando los últimos rayos de aquel coloso. Respiré

profundamente como queriendo introducir dentro de mí aquel maravilloso espectáculo, y creo que lo conseguí puesto que allí me quedé olvidado del tiempo, olvidado del árbol, olvidado de mí, arrebatado por la belleza de aquella luz, que aquel día acarició mi corazón.

Aquella experiencia terminó al grito de: **-¡¡¡Pablito ya está la comida!!!-**.

Cristales en el aire.

La siguiente experiencia me sucedió con catorce años cerca de los quince.

Por aquel entonces aún no sabía diferenciar aquellos fenómenos que ocurrían dentro de mí, de aquellos que ocurrían fuera, (todavía hoy puede que a veces los confunda).

En aquel momento me sentía profundamente disconforme con la vida que me había tocado, comparada con la de mis amigos de la infancia y adolescencia, la mayoría vivía en un hogar acogedor, con padres afectuosos, sin sufrir necesidades y siguiendo sus estudios. Yo por el contrario vivía en una casa a medio construir (con el frío que hace en mi ciudad), con padres separados (mi padre en España), con las necesidades básicas apenas cubiertas, trabajando para ayudar con los gastos, y con una madre que fue la madre más violenta que he conocido. Al llegar a la adolescencia, ella abandonó la violencia física para incursionar en la psicológica. Para entonces ella había desarrollado el arte de la extorsión y el chantaje emocional. Podría decir sin demasiado margen de error que el clima que experimentaba era el de opresión.

Una mañana a principios de febrero (verano, por aquellas latitudes) salí de mi casa rumbo al trabajo poco antes de la siete de la mañana, mi horario era de siete a tres de la tarde.

Trabajaba en una carpintería, en una nave enorme con decenas de obreros y muchas máquinas y mucho ruido. Debía caminar doscientos metros hasta la parada del autobús, era el barrio en el que me había criado, nada nuevo podía haber en esos doscientos metros, y nada me hacía sospechar que aquel día fuera a ser diferente. Para mi sorpresa, al salir de mi casa, siendo aun todo lo mismo, todo había cambiado. La calle era más ancha, el aire fresco y perfumado y todo estaba "como recién pintado". Todo era nuevo y resplandeciente los colores tenían vida, el cielo despejado y de un celeste profundo y lo más impactante, el aire tenía brillo, miles de pequeñas luces titilaban suspendidas de hilos invisibles, aquella mañana "olía a libertad" ...

Maravillado como estaba, en un momento dado se me cruzó por la cabeza la nave, las máquinas, el ruido y pensé: - **"hoy no voy a trabajar"**-. Pasé de largo la parada del autobús, seguí caminando hasta llegar al mar, a la costa y recorrió sus playas en un recorrido de ida y vuelta que duró ocho horas. Había perdido por completo la noción del tiempo. De vuelta en la ciudad entré a la estación de trenes para ir al baño y beber agua, el reloj de la estación marcaba las tres y diez de la tarde, al salir del aseo escuché el anuncio por los altavoces que decía: - **"Pasajeros con destino a Plaza Constitución, el tren partirá en cinco minutos"**-. Lo dudé por un momento, tenía delante mío el transporte a la libertad. Vi que el guarda subía al vagón próximo a la máquina y corrí hasta la otra punta del tren, para que cuando me descubriera ya estaríamos de camino. La decisión estaba tomada, tenía por delante un mundo por recorrer y una vida para hacerlo, indudablemente aquella mañana olía a libertad.

Tito y su baldosa.

La siguiente experiencia y quizás la más importante de mi vida fue cuando con diecinueve o veinte años redescubrí el siloísmo. Aunque a finales de los 70' había pasado por reuniones de "La Comunidad Para el Desarrollo Humano" que eran básicamente de experiencias guiadas, debo reconocer que en aquel momento no comprendí en absoluto de que iba la cosa.

Al final de aquella década, y con apenas quince o diecisésis años básicamente mi ensueño era recorrer el mundo y vivir aventuras, pero la situación de mi país era de violencia y opresión. Para la dictadura militar de aquel momento, todos los jóvenes éramos sospechosos de alguna cosa, sobre todo si tenías un aspecto un tanto extraño. Para esa edad ya había pasado por tres o cuatro comisarías, me habían dado tres o cuatro palizas y otros tantos cortes de pelo.

Mi padre se había ido a vivir a España, una democracia nuevecita recién estrenada y allí que me fui con él, era mi salto a la libertad y la aventura. La relación duró más bien poco, un día nos peleamos cogí una mochila y me largué.

Básicamente fui a donde el viento y los accidentes quisieron llevarme. Vivía del trapicheo, de pedir dinero en la calle, de pequeños hurtos, e incluso de chicas turistas nórdicas que podían darse el lujo de mantener a un chaval durante sus vacaciones. Así fueron pasando los meses, y mi salud física y mental se fueron deteriorando, las drogas y las malas compañías ponían en peligro mi vida. Fue entonces que decidí volver a mi país, me iba a comer el mundo y el mundo me comió a mí.

A mi regreso me esperaba el peor accidente de mi vida: la guerra de las Malvinas. A los pocos días de llegar me llaman a incorporarme a la fuerza aérea, ese año el entrenamiento fue feroz y muy violento, nos entrenaron para una guerra de verdad. Aunque tuve la suerte de no llegar al frente de batalla y no tener que matar, la experiencia de mis amigos y compañeros asesinados, mutilados, y en general jodidos psicológicamente, fue lo que terminó de hundirme en el más oscuro sin sentido, después de aquello no había nada en el mundo que me interesara. Permanecí tres meses mal viviendo en un trastero, sin saber qué hacer con mi vida.

Fue una tarde que caminaba sin rumbo, cuando una chica se me acercó y me entregó un panfleto, me lo metí al bolsillo. Un rato y unas calles después lo saqué y lo leí, era de "La comunidad para el desarrollo humano", - **¿Qué cosa era aquello?** - me pregunté. Yo había estado con ellos, pero no había comprendido de qué iba la cosa, decidí ir a esa reunión. Al entrar había unas veinte personas, dos de ellas mantenían un dialogo y el resto escuchaba. Una de ellas le decía a la otra –**"El mundo está mal hecho, absolutamente todo mal hecho, hay que hacerlo todo de nuevo"**-. Su interlocutor no atinaba a comprender si cuando se refería a "todo" era textual o una expresión metafórica, así que le pidió que se explicara, entonces este señalando el suelo con un dedo le dijo; - **"¿ves esa baldosa?, pues esa baldosa está mal hecha, esa baldosa la hizo un obrero que estaba siendo explotado, ese obrero mientras hacía la baldosa sufría por el temor a la pobreza, el temor a la vejez, a la soledad, a la enfermedad y a la muerte, esa baldosa lleva la carga del sufrimiento! esa baldosa está mal hecha! Igual que el resto del mundo."**- A medida que iba escuchando aquellas palabras, iban pasando por mi cabeza las imágenes de todas las atrocidades que había visto y vivido para mi corta edad. Seguramente y sin darme cuenta asintiera en silencio con la cabeza, sabía yo que el mundo estaba mal hecho, lo había visto, sabía que había que hacerlo de nuevo, lo que no sabía es que hubiera gente dispuesta a hacerlo. Lo que acababa de escuchar me devolvía la

vida, aquellas palabras, fueron la puerta por donde entró la luz al oscuro recinto de mi vida, por fin había encontrado la gran aventura que había estado buscando, aquel día Tito y su baldosa me salvaron la vida.

Para quien tuvo en aquellos primeros años una paciencia infinita para conmigo, vaya mi eterno agradecimiento.

Carmina en manos del Maestro

La siguiente experiencia probablemente sea la más difícil de narrar, fui testigo de una de las más extraordinarias posibilidades que tiene el manejo y control de la fuerza.

En el año 83 conocí a quien sería un gran amor, la madre de mi hija, y al día de hoy la protectora de mi vida.

Nos conocimos en “La Comunidad Para el Desarrollo Humano” y a los pocos meses nos fuimos a vivir juntos, Susana que así se llamaba, fue una mujer alegre muy motriz y valiente, podría a ver tenido una vida cómoda con su familia que gozaba de una situación económica acomodada, pero decidió dedicar su vida a “Humanizar la tierra” ganándose así el rechazo de su familia.

Al año siguiente en el 84, se puso en marcha el Partido Humanista, por aquel entonces la estructura del movimiento estaba concentrada en algunas pocas ciudades del país, entre ellas Mar del Plata nuestra ciudad, para poner en marcha el partido en todo el territorio fue necesario poner en marcha una gran dispersión de gente, nosotros nos trasladamos a Buenos Aires.

Susana hacía ya algunos años que padecía de lupus, una enfermedad del sistema inmunitario por aquel entonces poco conocida en sus causas y efectos, se iban ensayando distintos procedimientos paliativos mientras algunos pocos especialistas estudiaban la enfermedad.

En aquel momento ella ya había sobrepasado la esperanza de vida que tenían los que padecían esta enfermedad, y tanto ella como yo sabíamos que poco tiempo le quedaba para abandonar este mundo, a pesar de todo, latina con fuerza dentro suyo el deseo de ser madre, de suceder la vida. Ella sabía que, en el supuesto casi imposible de quedar embarazada, no vería crecer a su hijo, y yo sabía que, de tenerlo, más temprano que tarde me quedaría solo con un niño.

A finales de aquel año ocurrió lo imposible, se quedó embarazada, el embarazo fue progresando y por intermedio de una amiga del movimiento dimos con el director del Hospital General de Avellaneda, que por entonces él y sus dos hijas eran los que más sabían de esta enfermedad, su asombro fue mayúsculo al saber que una enferma de lupus estaba embarazada, aquello era imposible, y de serlo no podía salir bien...

Aunque Susana se sentía bien, los médicos le pidieron si podía quedarse ingresada los últimos meses para estudiar y aprender de aquel caso tan raro, y allí nos quedamos casi hasta el final del embarazo, llegados a este punto los médicos me fueron preparando para lo que ellos vaticinaban iba a ser un desastre, un feto atacado por el sistema inmunitario daría por resultado un niño con todo tipo de deficiencias y malformaciones en el caso de que sobreviviera, podía suceder que muriera en el parto e incluso que murieran los dos.

Esta situación llegó a través de nuestros orientadores a oídos del Negro, y pidió que le mandáramos el informe médico para saber con precisión los detalles del caso, y así lo hicimos le enviamos el informe, quien orientaba por entonces nuestro consejo se lo entregó en su casa de Mendoza, él lo leyó detenidamente, luego salió al patio y exclamó unas palabras como quien exclama al cielo, pasado un rato entro, devolvió el informe a nuestro amigo y le pidió que nos dijera que no nos preocupáramos, que todo iba a salir muy bien, y así nos lo trasladó.

Aquella certeza (de que todo saldría bien) se la trasladó yo a los médicos, y ellos me contestaron condescendientemente que: - ***"la esperanza es lo último que se pierde"***.

Como nuestra situación en Buenos Aires era por demás precaria, justo antes de nacer Carmina (nuestra hija) nos volvimos a Mar del Plata, y allí nació perfecta y sin ningún problema, los médicos no podían creer el resultado de aquel caso, así es que se quedó inscripto en los libros de medicina como aquellos casos de estudio, sin explicación científica.

Y así fue como gracias al Maestro, Susana pudo disfrutar tres años de su hija antes de partir.

Y aunque no fue la primera ni la última vez que el Negro pusiera en práctica aquella maravillosa capacidad que tenía, hasta donde yo sé, tan solo una vez hablo de ella, y fue cuando dijo: - ***"Si has venido a escuchar a un hombre de quien se supone trasmite el milagro, has equivocado el camino, porque eso a lo que tu llamas milagro está escrito en las leyes de la naturaleza, como está escrito el nacimiento y la muerte de una flor, de un pájaro, de un niño..."*** - Gracias Maestro.

¡Corre que está pariendo!

De la siguiente experiencia no aprendí nada si no hasta más de tres décadas después... ¡Así de bruto se puede ser!

Gracias a una respuesta de mi guía, y a los sabios comentarios de mis amigos, en especial de Teresa y de Fidel, comprendí que la acción de salvar una vida es una acción que parte de un espacio sagrado, desde lo profundo de la mente, desde lo mejor de la condición humana, no se trata solo de un acto compulsivo y desesperado como respuesta a una situación límite donde está en juego una vida.

Ocurrió entre los años 86 y 88, que había comenzado a hacer algunas reuniones del Movimiento en una chabola de la periferia de mi ciudad, la situación de aquellas personas era de una extrema pobreza y precariedad, sus casas de chapa, madera y cartón apenas cobijaban del frío o el calor, muchas de las familias vivían de recoger chatarra, cartón o cristal, y a pesar de tan humilde situación cuando alguien de la ciudad se interesaba por ellos, ponían lo mejor de sí para recibirlo, vestían sus mejores ropas, acomodaban el sitio lo mejor que podían y cocinaban tortitas fritas para acompañar la reunión.

A la tercera o cuarta reunión asistieron seis u ocho personas de muy distintas edades, y entre ellas un joven que no pasaba de los dieciocho, su novia también adolescente que, como diría el poeta: - ***"Esa muchacha en flor por donde anduvo el amor regalando cimientes"*** -, no fue porque no se sentía muy bien, estaba ya al final de su embarazo.

Transcurría la reunión y no recuerdo yo de que estábamos hablando, cuando de repente se abrió la puerta y entró una vecina desesperada, avisando que la niña estaba por parir, había roto aguas la escuche decir, todos nos levantamos y corrimos hasta su casa, ella estaba en su

cama, en su cara había dolor, estupor y desconcierto, aunque estaba a punto de ser madre aún no había dejado de ser una niña, yo con veintipocos años no sabía nada de partos, pero la cantidad de sangre que había entre sus piernas no me pareció algo normal. Por entonces no existían los teléfonos móviles, y en aquel lugar no había teléfonos públicos ni fijos para llamar a una ambulancia, y mucho menos vehículos, en aquella situación nadie sabía qué hacer, y yo comencé a sentir algo parecido a la desesperación, sabía que debía hacer algo y debía hacerlo ya, y fue entonces que obedeciendo un impulso interno, me cargue a la niña en brazos y me dirigí a una carretera que había a unos doscientos metros, algunos me seguían detrás, al llegar vi que venía un coche y prácticamente me pare delante de él, el conductor, un hombre solidario al ver la situación rápidamente abrió la puerta trasera para que la subiéramos, dos o tres más subieron con ella, seguramente familiares no lo recuerdo, a partir de ese momento su vida quedó en manos del destino, yo había hecho lo que había podido. Días después me entere que en el hospital habían podido parar la hemorragia, salvar su vida y la del niño.

Seguramente por algún cambio en la planificación de actividades ya no volví a aquel lugar.

Hay en el Talmud de los judíos una frase que dice - ***Quien salva una vida, salva al mundo entero***-, a lo que algunos sacerdotes agregan que: - ***También se salva a sí mismo***-, de esto último comienzo a tener algún registro, treinta años más tarde...

Playa Serena y el pasaje de la fuerza.

Corría el año 88 si no recuerdo mal, cuando en el consejo en el que yo participaba se había organizado un mes de retiro para los que por entonces éramos miembros de Orden, para tal fin se había alquilado un chalé a las afueras de la ciudad junto a una playa llamada Playa Serena, era la misma casa donde un tiempo atrás se había hecho un retiro con Salvatore Puledda como director del centro de trabajo, y en el que habían participado, entre otros Silo.

Se había organizado de tal modo que pasaran catorce personas por semana, a mí me tocó en la cuarta semana, el plan de trabajo se centraba en el estudio y práctica del Autoliberación, todas las experiencias guiadas y alguna cosa más que no recuerdo.

Las personas que participamos de aquel centro de trabajo habíamos llegado de distintas regiones del país, creo que todos abocados al crecimiento del partido (P.H.) y de la estructura, operativos para conectar gente en la calle, pintadas y pegada de carteles por la noche, mítines, reuniones organizativas interminables, etc. Creo que la tónica general de casi todos era de agotamiento físico y mental. Por aquel entonces el trabajo interno, la búsqueda de unidad interna y de espacios y experiencias profundas estaban muy relegadas, toda la energía estaba puesta en el mundo externo, esto puede que tenga cierta importancia, porque muchos llegamos al centro de trabajo casi como si de una semana de vacaciones se tratara, unos días para relajarnos y olvidarnos del mundo externo.

Esta actitud y este deseo de relajarnos y de volcarnos hacia el mundo interno, creo, por lo menos es el registro que tengo, fue en gran medida la condición para que se produjera el pasaje de la fuerza colectivo que se produjo en el cuarto o quinto día de retiro,

Por la noche después de la cena, nos dedicábamos a las experiencias guiadas, cada noche tocaba un grupo diferente de experiencias (pasado, presente, futuro y sentido de la vida)

Ocurrió una noche, creo que con las experiencias de futuro, no recuerdo cuál de ellas, que estábamos en el salón de la casa sentados en círculo y escuchando la experiencia con un reproductor de cassetes, cuando se comenzó a oír una respiración que cada vez se agitaba con más fuerza, abrimos los ojos y vimos que uno del grupo había conectado con el pasaje de la fuerza pero había perdido el control del cuerpo, yo por mi parte era la primera vez que presenciaba ese fenómeno, dos del grupo lo sacaron fuera a caminar y unos minutos después retomamos el trabajo, pero no pasó mucho tiempo que tuvimos que volver a parar, dos o tres más comenzaron a tener una reacción parecida al primero, y fue así que esto se repitió tres o cuatro veces, no recuerdo si finalmente terminamos la experiencia.

Por lo que se, todos perdimos el control del pasaje de la fuerza, algunos se sintieron invadidos por poderosas emociones, otros no podían controlar los trenes de imágenes que se sucedían en sus cabezas, y otros como yo perdimos el control del cuerpo, vamos que aquello fue un caos, vistoso sí, pero caótico.

En cuanto a la experiencia en sí, la mía fue aproximadamente como el Negro la describe en la Mirada Interna, de pronto sentí una sensación extraña en todo el cuerpo, creo que fue la primera vez que sentí la sensación cenestésica de todo mi cuerpo completo a la vez, la sensación fue creciendo a la vez que la respiración se fue haciendo más amplia y agitada, en un momento dado comenzaron las ondulaciones, que en mi caso más que ondulaciones sentía mi cuerpo como si fuera una bandera al viento, aunque por otro lado era consciente de que estaba completamente quieto y más bien rígido, apenas podía mover los brazos o las piernas y los músculos faciales tampoco respondían, parecido a una corriente eléctrica recorría todo mi cuerpo pero donde se concentraba más era en la cabeza, los brazos y las manos, sentí que estos eran mucho más voluminosos de lo normal, la sensación cenestésica se había expandido, las emociones en mi caso, aunque intensas fueron positivas, a la vez que se intercalaban con momentos de luz, la sensación me resulta muy difícil de describir, es como si todo se suspendiera por un instante, las imágenes, el pensar, los recuerdos, la percepción, el tiempo... de hecho no sé cuánto permanecí en esa situación, creo que algunos minutos, pero no lo sé realmente. A mí también me ayudaron a salir de aquella situación sin control.

A pesar de que la experiencia no sucedió del mejor modo que hubiéramos deseado, las posteriores consecuencias fueron si muy positivas, una mayor lucidez en la percepción y comprensión de las cosas; Este particular modo de estar, se mantuvo los dos o tres días que nos quedaba de retiro, y se fue perdiendo con rapidez una vez vuelto a la vida cotidiana, cierto es que durante algún tiempo pude conectar con el pasaje de la fuerza con cierta facilidad, pero la falta de continuidad en el trabajo y las contradicciones, me fueron alejando poco a poco de esta posibilidad.

Susi, más acá y más allá de la vida.

Susana fue mi amor, fue quien me dio a mi querida hija, y mi compañera de aventuras hasta el día en que partió; La palabra “partió” no estoy seguro que sea la más adecuada, pues nunca ella se fue de mí, poco a poco con el paso del tiempo se fue convirtiendo en una referencia, en un guía, en la protectora de mi vida, y de mis seres queridos, no fue de un día para el otro, lenta y suavemente con el correr de los meses y los años fue “regresando” a mi vida, como diría un poeta “...*Su recuerdo es hoy, cada día más bello, el olvido solo se llevó la mitad...*”

Nos conocimos en el año 1984, y enseguida decidimos ser compañeros en la aventura de Humanizar la Tierra, en el 85 y a pesar de todo pronóstico nació Carmina nuestra hija, había logrado lo que para la ciencia en aquel entonces era un milagro, de todos modos, tanto ella como yo sabíamos que no era mucho el tiempo que le quedaba para disfrutar de su hija.

Su cuerpo siguió deteriorándose poco a poco, hasta que tres años después no contaba con las condiciones mínimas para seguir adelante; Llegados a este punto y ya ingresada en el hospital la enfermedad había afectado varios órganos y la respiración le resultaba cada vez más difícil, fue entonces que los médicos le comunicaron que debían ingresarla a terapia intensiva, había llegado el momento de la despedida.

Estábamos solos en la habitación ella y yo, la familia fuera, Susana pidió que no entraran, no quería caras quejumbrosas, nos tomamos de las manos, nos miramos, creo que nos agradecimos mutuamente, no hubo muchas palabras, a su manera me dijo que partía, -*Por favor cuida mucho a Carmina*“- me dijo, y yo a mi manera le pregunte si ya se iba -“*¿Traigo el ceremonial?*”- le pregunte, a lo que ella respondió -“*Sí*”- nos miramos un momento más, supongo que nos prometimos amor “más acá y más allá de la vida”.

Han pasado más de treinta años, yo, he muerto antes de morir, y ella, vive después de la muerte, jasí de mágica es la vida! Tengo la certeza de que cuando llegue mi hora, ha de ser ella quien me venga a buscar, volveremos a encontrarnos y seguiremos alegres hacia nuestro destino.

¿Cómo se lo explico a Carmina?

Esta, es una de esas experiencias en las que uno encuentra la respuesta, la explicación más profunda, más verdadera y más acertada, a una pregunta muy difícil, una pregunta en la que están comprometidas las más profundas emociones, y que, en un momento cualquiera de la vida cotidiana, no sabría uno que responder, pero que apremiado por la situación, surge como si viniera de otro sitio que no es uno, una respuesta que no tiene ese particular tono que hace que se la reconozca como propia, y le queda la sensación de que no ha sido uno el que ha respondido.

Sucedió un par de semanas después de que partiera Susana la mamá de mi hija, ella tenía en ese momento tres años, yo para explicarle lo sucedido con su madre, la saque una noche despejada al patio de casa y mostrándole las estrellas, le conté que su madre había emprendido un largo viaje a través de ellas, la explicación parecía haberla dejado conforme, quizás en su imaginación de niña, lo de saltar de estrella en estrella le pareció un bello juego, pero sin embargo una duda había quedado girando en su interior, una duda que un par de días más tarde me expreso con la pregunta: -*¿Es que ya no volveré a ver a mamá?*-, yo sentí por un instante como se me estrujaba el corazón, fueron apenas segundos porque al instante, sin siquiera meditarlo abrí la boca y surgió la respuesta: -*Hija mía, a tu mamá puedes verla cuando quieras*-, -*Sí!*- me respondió con cara de sorpresa, -*Por supuesto que si mi amor, tu cierra los ojos como cuando papá le cuenta los cuentos a sus amigos (Experiencias guiadas) y ahora imagina a tu mamá, ¿la ves?*-, -*Si la veo*- me respondió apretando los ojos y con una sonrisa, -*Muy bien, siempre que quieras ver a tu mamá o preguntarle algo, solo tienes que cerrar los ojos y ella estará allí cuando la necesites*.- Hizo un gesto de conformidad, y se marchó para seguir jugando.

Aquella respuesta supongo que surgió de la profunda e imperiosa necesidad de no ver sufrir a mi pequeña hija, y que yo recuerde no me ha vuelto a pasar, esta experiencia me deja la sospecha de que en algún rincón escondido del paisaje interno se guarda la más profunda sabiduría, pero también que acceder a ese espacio no es fácil ni habitual.

¡Despierta y sal fuera de ese mundo!

La siguiente experiencia confirma el poder de la fuerza que habita en el interior del ser humano, y también en mi caso lo torpe que se puede ser a la hora de valorar una experiencia desde el punto de vista interno.

Habían pasado un par de años desde que tuviera mi primera experiencia con el pasaje de la fuerza (1989), y todavía en algunas ocasiones, en condiciones de calma y distención física y mental, podía conectar con la fuerza, esto sucedía cada vez más espaciado en el tiempo.

Corría el año 91 si no recuerdo mal, yo vivía con mi hija y era orientador estructural de algunas decenas de personas, entre ellas un tal Marcelo que había conocido en el trabajo y que pronto se sumó al grupo. Marcelo era un chico que no llegaba a los treinta años, de un metro noventa, pelirrojo, y de complejión fuerte. A pesar de su juventud, había vivido situaciones muy difíciles, había viajado mucho y en Holanda se había hecho adicto a las drogas, ya las había dejado, pero seguía teniendo problemas con el alcohol, de su etapa con las drogas había contraído el SIDA, sufría de asma crónico, llevaba siempre un inhalador para cuando respirar se le hacía difícil y en general arrastraba un buen cumulo de fracasos y contradicciones.

Hacia algunos meses que participaba conmigo y dado que pasábamos mucho tiempo juntos, yo le había cogido cariño, creo él a pesar del enorme peso de sus contradicciones y el sin sentido de su vida estaba haciendo un esfuerzo por enderezar su rumbo, tal vez la oportunidad le llegó demasiado tarde o no contó con la fuerza suficiente, no lo sé.

Sucedío que un día, un fuertísimo ataque de asma lo dejó ingresado en terapia intensiva, su situación era muy crítica pues no respondía a nada de lo que los médicos intentaron, estos lo desahuciaron y solo lo mantenían con vida de forma artificial.

Yo por mi parte aún no había integrado la partida de mi pareja y me encontraba de nuevo con la posibilidad de perder a otra persona de mi entorno, debo recordar que por aquel entonces éramos todos jóvenes y no teníamos mucha experiencia en situaciones de graves enfermedades o de muertes, y lo que no le pasaba a nadie, a mí me estaba por pasar por segunda vez, ese fue mi sentir en aquel momento, pensaba para mis adentros **“¿Por qué me pasan a mí estas cosas?”**

Me dirigí al hospital bastante angustiado, en la sala de espera de terapia intensiva se encontraban su madre y sus dos hermanas, los médicos estaban esperando que llegara su otro hermano desde Brasil para darle tiempo a despedirse antes de desconectarlo, yo le insistí varias veces a su madre que me dejara verlo aunque sea un minuto de los pocos que estaban permitidos, hasta que al fin accedió, -**“Entra, pero solo un minuto cuando salga su hermana”**- me dijo, en verdad no sabía yo que iba a hacer al verlo, lo único que atiné fue a sentarme mientras esperaba, cerré los ojos, me relaje y conecte con la fuerza, como si aquello fuera a ayudarme de algún modo, y llegó el momento que estaba esperando, pero que a la vez temía, -**“Ahí sale su hermana, ahora entra tú, pero no te demores”**- me dijo su madre, me puse en pie, y me dirigí con paso rápido y seguro a la habitación como si supiera que debía hacer, al entrar lo vi bastante inflamado y con tubos por todos lados, me acerque a su cama, le cogí una

mano y le dije –“**Marcelo, aun no has hecho con tu vida lo que debes hacer, así es que iya despierta y sal fuera de ese mundo!**”, solté su mano, di media vuelta y me fui, en total abre estado con el diez o quince segundos, lo justo para echarle una bronca.

Pasaron algunas horas y los médicos notaron alguna reacción positiva, paso más tiempo y parecía que algo estaba empezando a funcionar, total que al final del día ya le habían quitado el respirador, y al día siguiente lo trasladaron a un habitación normal, no recuerdo si fue esa noche o al siguiente día que, estando aún muy débil, y sin poder hablar pidió papel y un boli para escribir algo, en el pliego que escribió con letra temblorosa, confesaba que en su paso por terapia intensiva, en esa especie de mundo onírico en el que se encontraba, hacia fuerza por morir, no quería ya seguir viviendo, pero fue entonces que, según contó en su carta, vio en un momento dado mi cara, y vio en ella tanta fuerza y alegría que le dio ganas de seguir viviendo, y fue por eso que dejó de intentar huir. Conserve la carta algún tiempo, pero se perdió en el ir y venir de la vida.

No hice lo que hice, pensando, creyendo, ni tan siquiera sospechando que sucedería lo que sucedió, fue como en otras ocasiones, un acto desesperado, solo me dejé llevar por un impulso interno, sin comprender en profundidad lo que estaba haciendo, y han pasado décadas hasta poder entender la profunda naturaleza de aquel acto.

Experiencia guiada “La Cacerola”

Dicen, que una canción es realmente popular, cuando un pueblo la canta y no conoce a su autor.

Algo así es lo que yo sentí una vez haciendo actividades del Movimiento en un barrio de mi ciudad natal.

El mensaje del Movimiento había comenzado a transmitirse entre los vecinos del barrio, de casa en casa sin que la gente conociera muy bien su procedencia, las familias y amigos improvisaban reuniones en cualquier momento y en cualquier lugar, leían capítulos del “Paisaje Interno” o hacían Experiencias Guiadas.

Todo comenzó con una reunión que empezamos a hacer en la casa de un viejo amigo de la escuela primaria, vivía en un barrio bastante alejado de la ciudad, a si es que cada sábado me esperaba un largo viaje hasta su casa, comenzamos por reunirnos, mi amigo, su esposa y dos chicos jóvenes del barrio, cuatro, no estaba mal para empezar, el caso es que, después de casi un año de reuniones, seguíamos siendo cuatro, yo ya estaba bastante harto de aquella reunión, intentamos distintas cosas para sumar gente, pero nada seguíamos siendo cuatro, hasta que un buen día repartiendo las “Hojas del Barrio” dimos con la fórmula para hacer que la gente nos invitara a entrar a sus casas y compartir nuestro mensaje, de la reunión primera en la casa de mi amigo pasamos a tres, sumando otras dos casas, la mecánica de las reuniones era simple, primero se leía un capítulo del “Paisaje Interno”, unos minutos de intercambio, y luego una Experiencia Guiada, una de las pocas cosas de las que cuide la pulcritud y la constancia fue, que a cada reunión llevaba fotocopias para los participante con los temas tratados en la reunión. De aquellas nuevas reuniones algo destacable era el desorden, por aquellos hogares circulaban libremente y en cualquier momento, familiares, vecinos, niños, perros y gatos, era habitual que hicieramos la experiencia guiada mientras los niños miraban la tele, el perro diera vueltas y alguna que otra distracción más, como en general las sillas no

alcanzaban para todos, algunos se sentaban en el suelo con la espalda pegada a la pared, por supuesto este desorden estaba muy alejado de la formalidad con que hacíamos las reuniones en la estructura del movimiento, en aquel entorno hablar de niveles, instancias o sectores era hablar en chino, pero, por otra parte la movilidad que tuvo aquello fue asombrosa, la gente que participaba de aquellas reuniones, luego organizaba otras por su cuenta, o las improvisaba en sus casas o en las de otros vecinos, las reuniones y las fotocopias iban pasando de casa en casa, sin que supiera yo hasta donde llegaba todo aquello, los vecinos y amigos simplemente compartían algo que les resultaba útil, agradable o a saber qué, sin que muchos de ellos supieran de donde había salido aquel mensaje.

La anécdota que para mí sintetiza todo aquel proceso y que ha quedado grabada fuertemente en mi interior, ocurrió un medio día en la casa de una de las vecinas del barrio, la noche anterior se había realizado una reunión en su casa, y algunas fotocopias habían quedado sobre la mesa, una amiga y vecina se acercó hasta su casa para pedirle algo, para compartir unos mates y de paso cotillear un rato como era de costumbre, nuestra amiga mientras tanto cocinaba, y en su cacerola giraban la cebolla, el pimiento, los dientes de ajo y algún trocito de carne, su amiga al ver aquellas fotocopias le pico la curiosidad y le preguntó de que se trataba aquello, y esta le respondió **-Siéntate y cierra los ojos-** a lo que su amiga se sentó y cerró los ojos, y así, con la fotocopia en una mano y la cuchara de madera en la otra, le leyó la experiencia guiada sin dejar de revolver su cacerola, tampoco era cuestión de que el guisado se le quemara.

Yo no fui testigo de aquello, a mí me lo contaron, pero saber que el mensaje, la enseñanza del “Maestro” comenzaba a transmitirse de aquella forma tan espontánea, tan sentida y alejada de toda formalidad, me hizo sentir que el proceso había echado a rodar, que el mensaje comenzaba a calar en el corazón de la gente sencilla, incluso sin saber muy bien su procedencia, como aquellas canciones tan queridas que, los pueblos cantan sin conocer a su autor.

Belén, la tormenta y risas en la ducha.

Belén es la mejor amiga de mi hija y se conocen desde los cinco o seis años, fueron juntas a la escuela, ella con doce o trece años era por entonces la mayor de cuatro hermanos, que con el tiempo terminaron siendo siete, vivían con su madre en una chabola más o menos a un kilómetro de casa. Era habitual que desde muy pequeña pasara algunos fines de semana con nosotros o en verano algunos días más,

Creo que fue en el año 97 o 98 que Belén pasaba un fin de semana en casa, cuando recibimos la llamada telefónica de una vecina su barrio, era para avisarle que a su madre la habían ingresado de urgencia y que había perdido el embarazo de dos o tres meses, debía volver a su casa a cuidar de sus hermanos, y así lo hizo, cogió su mochila y regresó a su casa, serían más o menos las seis de la tarde, en aquel momento la hermana que le seguía contaba con once o doce años y los otros dos solo con cuatro y cinco.

A medida que pasaron las horas una tormenta enorme fue avanzando sobre la ciudad, quien la conoce sabe que suelen ser muy violentas con lluvias muy intensas, muchos truenos, rayos y ráfagas de viento muy fuertes, llegada la media noche la tormenta estaba descargando con mucha fuerza, y fue entonces que una imagen dramática se configuró en mi interior acompañada de un registro de angustia, Belén, la chabola, el agua, sus hermanos... se lo dije a

mi pareja, -“*la pobre ha de estar sola y asustada*”- nos miramos y estuvimos de acuerdo, había que ir a por ellos, en aquel momento no tenía yo un vehículo, así es que debía recorrer aquella distancia andando, me puse una chaqueta y salí, la lluvia y el viento empujaban con fuerza, llegue completamente empapado, ya en su puerta golpee y le dije –“*Belén, soy Pablo*”- cuando abrió la puerta no pude creer lo que vi, la tormenta había dejado sin luz a la chabola, dentro de su casa había un palmo de agua, ella y su hermana subidas a una silla para no mojarse alrededor de una pequeña mesa, y sobre ella una vela encendida, lo único que tenían para alumbrarse, a un par de metros sus dos hermanos más pequeños sobre un camastro, con el agua casi llegando al colchón. Le dije –“*Belén coge ropa y a tu hermano más pequeño que nos vamos todos a casa, al otro lo cojo yo*”-, salimos y a los pocos metros ya estábamos todos fríos y empapados, había que aguantar el tirón, porque al llegar nos esperaba una casa cálida, una ducha caliente y una cama seca y tibia, mi pareja esperaba con toallas a que llegáramos.

Una vez en mi casa les dije –“*¡ahora a quitarse la ropa mojada y a la ducha!*”- , -vamos a empezar por los más pequeños que se duchan juntos-, no recuerdo si fue Belén o mi pareja quien se ocupó de ellos pero allí que los metieron juntos en la ducha, yo todavía no había terminado de relajarme cuando escuche que del baño salían las risas a carcajadas de los niños más pequeños, y entonces comprendí, que para ellos era la primera vez que “llovía” agua caliente, solo conocían el barreño, aquello era mágico, yo no los vi jugando bajo el agua, pero podía imaginarlos por la alegría de sus rizas, aquel sonido y aquella imagen creo que fue una de las caricias más cálidas que he sentido en mi corazón.

Mi hija y Belén ya son dos mujeres adultas, han pasado muchos años, pero me ha dicho mi hija que, a pesar del tiempo, ella su madre y sus hermanos nunca han olvidado aquella noche y que el amor y agradecimiento que sienten por nosotros es enorme, yo por mi parte volvería a hacerlo mil veces más, solo por escuchar la riza de aquellos niños.

Loli, para el amor no existe el tiempo.

La siguiente experiencia no estoy seguro de que tenga algo que ver con las señales que provienen de los espacios sagrados, pero como es una de las cosas más bellas que me han ocurrido creo que merece una pequeña mención.

Mucha de la gente que conozco a tenido en su adolescencia su primer gran amor, que por distintas circunstancias no prospero, y del que se guarda un cálido recuerdo, también es mi caso y el de Loli (María Dolores), nos conocimos la primera vez que estuve por España a fines del 79, y comenzó nuestra relación justo el 31 de diciembre en nochevieja, yo tenía 16 años y ella 21, nuestra relación fue “de a ratos” supongo que nos veíamos para huir de nuestras propias vidas, yo de las drogas, el desenfreno y el sinsentido, y ella de lo banal de su trabajo como modelo.

En el 81 cuando ya no pude más con la vida que llevaba, decidí volver a mi país, pero con la promesa de volver en un año o dos, no sabía yo lo que la vida me tenía preparado; Nos escribimos durante un par de años, pero los recodos de la vida nos fueron dando a cada uno distintos rumbos, al paso de los años aquel gran amor fue quedando en algún rincón del corazón como una pequeña y cálida braza, recordada como dijera el “mayor de los poetas”, con una suave nostalgia.

Ya con cuarenta años, y con mucha agua pasada bajo el puente, como se suele decir, regrese a España en el 2002, y a los pocos días no pude evitar pensar en ella ¿Qué habría sido de su vida?, Seguro se habría casado, tendría hijos, ¿estaría muy cambiada? me pregunto.

Por entonces aun existían las guías telefónicas y no me costó dar con ella, quedamos en el correo de la Plaza del Ayuntamiento, estaba nervio y entonces, la vi llegar ¡tan bella y elegante como en mis recuerdos! nos dimos un largo abrazo y un pequeño gran beso.

Después de aquel día salimos a cenar un par de veces para ponernos al día de nuestras vidas, hasta que llego la fiesta de fin de año, yo estaba con mi familia y ya habían pasado las campanadas cuando me llamo por teléfono, y me conto que había discutido con su familia, que había cogido un bolso su chaqueta y se había largado, yo, me despedí de la mía y acudí a su encuentro, ella me explico lo sucedido, pasamos por dos o tres bares, hablamos y se fue relajando, y como dijera otro poeta - **“...caminito al hostal nos besamos en cada farola...”** volvía yo a ser su lugar calma, - **“...y nos dieron la una, y las dos, y las tres, y desnudos al amanecer nos encontró la luna...”**- En un viejo y barato hostal de los que hay alrededor de la estación de trenes, aquello, que durante décadas había permanecido como pequeñas brazas, al volver a unirse, revivió en fuego al soplo de los recuerdos.

Sé que he tenido la fortuna de vivir una experiencia que muy poca gente tiene la oportunidad de experimentar, la de un amor que escapo de la distancia, del tiempo, y de los avatares de la vida. No estoy seguro de que sea una señal de lo sagrado, pero de lo que si estoy seguro, es de que se trata de un recuerdo sagrado para mí.

¡Un tapón, que la vida se le escapa!

En el 2006 o 2007 me toco por tercera vez ayudar a una persona a punto de perder la vida, espero que sea la última, que ya estoy mayor para esa cosas, aquella vez me quede un poco mosqueado con la falta de solidaridad de la gente.

Ocurrió en la semana de fallas en Valencia, salimos con mi familia a caminar un rato, recorrer monumentos, y buscar algún sitio donde cenar, íbamos mi pareja, mis tres hijos, mi hermana, mi cuñado y mi hermano menor, una multitud de gente abarrotaba las calles.

Ya habíamos visto tres o cuatro monumentos falleros, y cuando estábamos por llegar al siguiente vimos que una buena cantidad de gente formaba un círculo alrededor de algo que estaba ocurriendo, por supuesto la curiosidad nos llevó a acercarnos, es habitual que en fallas muchos artistas callejeros monten su espectáculo en los lugares más concurridos, pero a medida que nos íbamos acercando oí que las exclamaciones no se correspondían con las de un espectáculo, lamentaciones, caras de angustia y expresiones de horror, cuando nos acercamos lo suficiente pudimos ver lo que ocurría, un joven de alrededor de treinta años estaba sentado en medio de aquel circulo, con la cabeza entre sus manos y sangrando en abundancia entre sus dedos, preguntamos qué paso y alguien me respondió -**“Le han roto la cabeza”**- , a su alrededor una multitud de gente mirando, pero él estaba solo, nadie siquiera le hacía compañía, una silla es lo único que alguien le había dado; Mi hermana que algo sabe de enfermería me dijo -**“le va a bajar la tensión y se va a ir de cabeza al suelo, convendría acostarlo y levantarle las piernas”**- y allí que fuimos mi hermana y yo, lo recostamos en el suelo y ella levanto sus piernas, en ese momento llego alguien con un rollo de papel de esos que usan en las cocinas de los restaurantes, el hombre hizo un bollo de papel y le tapono la

herida, no tardo en empaparse de sangre, yo tenía preparado otro bollo y cuando retiro el papel empapado, tapone la herida con el que había preparado, repetimos la operación varias veces, hasta que por fin llegó la ambulancia, un sanitario se arrodillo junto a mí y dijo –“**Ya puedes quitar las manos, nosotros nos ocupamos**”- quité las manos dejando el hueco al descubierto y fue en ese momento que vi con claridad la herida, tenía forma de C, como si le hubieran dado con el culo de una botella, al ver esto el sanitario exclamo - ***¡Madre mía, si no le hubieran tapado la brecha este no la cuenta!*** - . Recuerdo que con el otro hombre nos miramos a los ojos por un segundo, luego nos miramos las manos llenas de sangre, y en ese momento alguien del casal fallero nos invitó a entrar para lavarnos, no sé por qué, pero mientras nos lavábamos uno junto al otro no hablamos ni una palabra, supongo que cada uno estaba intentando acomodar lo ocurrido en su cabeza, yo recuerdo que entre las cosas que se me pasaron por la cabeza pensé – ***¡Espero que no tuviera SIDA o hepatitis!*** - .

El registro que acompañó la experiencia fue múltiple y confuso, por un lado, una sensación visceral de rechazo al contacto con la sangre, por otro, ese ya conocido registro, esa imperiosa necesidad de hacer algo, y por otro una especie de enfado con la gente, con esa multitud insolidaria que no fue capaz no ya de hacer algo útil, si no, ni tan siquiera de acompañar al muchacho. Fue esto último lo que más pesó como registro interno, supongo que me equivoque en el significado que le di a aquella experiencia, en vez de valorar el hecho de salvar una vida, me enfade con la gente por su falta de sensibilidad. En fin, otra experiencia a revisar.

Mi hija, el niño y la correntada de la vida.

Estar “vivo” no significa “sentir” la vida, tampoco sentir la propia vida, es sentir “La Vida”, como esa correntada que atraviesa al ser humano y a todo lo existente, como esa fuerza anterior y posterior a uno, de la que uno es provisoriamente guardián y depositario, Yo, una vez sentí esa vida.

Me ocurrió en una situación de lo más simple y cotidiana, festejábamos en un camping el treinta cumpleaños de mi hija, seríamos unas veinte personas entre familiares y amigos, era un hermoso día de verano, yo me ocupaba de la parrilla mientras otros lo hacían de las ensaladas, los embutidos y demás preparativos, una pareja joven amigos de mi hija, habían ido con su pequeña niña de algo más de un año, y ocurrió en un momento en el que pude despreocuparme por unos minutos de lo que estaba haciendo que, mire a mi alrededor y vi que la gente estaba por aquí y por allá charlando y riendo distendidamente, busqué a mi hija con los ojos y lo que vi me dejó extasiado, como si contemplara un milagro, a unos cuantos metros, en aquel verde pasto perfectamente cortado, que brillaba bajo la luz del sol, estaba ella jugando con la pequeña de sus amigos, mi hija le hacía cosquillas y la niña reía a carcajadas, entregada por completo al juego y al cariño, aquella simple escena que seguramente había visto tantas veces, ese día me conmovió profundamente, vi a mi hija hacer lo que en su momento yo hice con ella, y lo que seguramente esa niña hará cuando crezca, sentí “La Vida” transitar de un ser a otro, sentí la vida habitarnos y trascendernos, no pude evitar que sendas lagrimas cayeran de mis ojos, lo que si pude, es justificarlas por el humo de la parrilla.

Reconciliación y lo sagrado.

Si no fuera por esta experiencia, no estaría muerto, pero tampoco estaría vivo...

Ya que cargar con la culpa, el fracaso, o el resentimiento, no te mata, pero tampoco te deja vivir.

En el 2015 decidí que ya era hora de tomarme en serio el trabajo interno, el trabajo de crecimiento personal, con 52 años pensé que ya era hora de abandonar el “como si” ..., como si uno comprendiera ciertas cosa..., como si tuviera ciertas otras superadas..., como si tuviera claro cosas básicas..., Etc. No es que nunca hubiera hecho absolutamente ninguna transformación con verdad interna, pero digamos que había hecho lo justo para ir tirando, lo demás fueron roles, como dijo el Maestro alguna vez, - ***“A medias verdades también se avanza”***-. Pero llegó un momento para mí, que ni por esas, me di cuenta de que debía empezar una nueva etapa en mi vida, que cierto modo de pensar, sentir y actuar estaban agotados.

Fue Luz Jahnem y su taller “Venganza y reconciliación” quien me dio la oportunidad en 2015 de comenzar un trabajo profundo con un temas que es uno de los pilares más importantes de la enseñanza de Silo. La reconciliación no era un asunto sencillo en mi caso, pues cosas bastante graves me habían ocurrido durante la infancia y la juventud (ver anexo 1) pero sentí que era absolutamente necesario que ese fuera el primer paso si quería comenzar un proceso nuevo.

Un año y medio tarde en completar el trabajo, año y medio que estuve plagado de angustias, tensiones y resistencias, comencé por recopilar cronológicamente los hechos que me hirieron profundamente, comprendí de qué modo habían moldeado mi conducta, mis temores, mis ensueños, etc. no tenía claro cómo iba a integrar aquellos contenidos dolorosos, ¿experiencias guiadas?, ¿autotransferencias?, imaginaba que me tocaría rever cada situación, cada personaje, en un proceso largo y complejo, no estaba seguro de poder lograrlo, quizás lo mejor sería volver a enterrar todo aquello...

“Entre tanto iba postergando aquel trabajo, revisaba libros y antiguos aportes del Maestro. Sucedí una tarde que encontré (o mi conciencia encontró) lo que andaba buscando, una enseñanza del Maestro que se expresa más o menos así: “El hombre corriente actúa mecánicamente, todo lo que cree elaborar, decidir o elegir, es producto del medio que lo rodea, y de las propias necesidades psicofísicas.” “El hombre no puede hacer nada, sino que todo le sucede”. El espejismo de los ensueños y los fantasmas de sus temores, son los que en realidad van guiando su hacer en el mundo.

Al ver de este modo a aquellos que a lo largo de mi vida me habían perjudicado y herido, llegó a mí una comprensión que invadió todo mi cuerpo, lo sentí temblar, me estremecí, y sentí el aire en mi pecho como si respirara por primera vez después de largo tiempo. Vino a mi mente aquella frase: ***“¡¡Perdónalos Señor, no saben lo que hacen!!”***.

Comprendí que quien te agrede no es culpable, que en realidad habita un mundo oscuro de violencia interna, empujado por sus ensueños, temores y deseos. Saber esto ha de movernos a la compasión por el otro, y no a la culpa o la venganza.” (Extraído del anexo 2, ver)

Bueno, lo había logrado, nunca me había sentido tan feliz y liviano, ¡La vida volvía a empezar!

Pero... comprender la mecánica de los actos de los demás, me llevo a comprender la propia mecánica de mis actos, como habían sido guiados por mis temores, ensueños y deseos, en un proceso encadenado que iba de comprensión en comprensión. Todo aquel proceso concluyó reconciliándose conmigo y con los demás, despidiéndome de los enemigos que me habían

acompañado toda la vida, ya podía dejar de huir, y despidiéndome de mis falsas esperanzas, ya podía dejar de perseguir. Y fue entonces que me sentí en medio de un infinito vacío, en medio de una oscuridad y un silencio aterrador, *-iiiY ahora que hago con mi vida!!!-* y en un acto de total desesperación le pedí ayuda a mi guía...

"Y fue entonces que no vi su imagen ni escuche su voz, pero sentí la maravillosa calidez de su presencia, y esa presencia comenzó a lanzar dentro de mí, las imágenes de recuerdos con un brillo y un realismo como si estuviera viviendo nuevamente aquellos momentos.

Se trataba de aquellos momentos de mi vida en los que había tenido la oportunidad de salvar la vida de algunas personas, incluso en alguna ocasión poniendo en riesgo la mía, o de ayudar a otras en momentos trágicos o de gran dificultad. No es que no recordara esas cosas, pero siempre las había interpretado como un tipo de comportamiento incomprensible e irrefrenable, que me había acompañado toda la vida.

Y fue entonces que escuche su voz, pero sin sonido, y me dijo: "Ahí tienes lo sagrado que hay en ti, la bondad y la compasión, ese es tu dios interno". (Extraído del anexo 2)

...Y fue así como, comenzando con la reconciliación un día accedí al espacio más profundo y sagrado del que tengo experiencia.

El regreso de la acción.

Cuando 2016 termine con mi trabajo de reconciliación y lo redacte, no pensaba compartirlo con nadie, siempre había sido yo bastante reservado con mis trabajos personales.

A pesar de esto, un día caí en cuenta que este proceso que había sido tan beneficioso y positivo para mi vida, había comenzado con el taller que Luz Jahnem estaba realizando en distintos lugares, y que quizás él no supiera con precisión las consecuencias derivadas de aquel taller, estaba seguro de que su bondadoso hacer en el mundo le estaría dejando un registro de unidad interna y de crecimiento personal enorme, y fue la gratitud que sentí hacia él lo que me impulso a mandarle el resultado de mi trabajo a modo de regreso de su acción, Luz me respondió que aquel relato lo había emocionado profundamente, supongo que por lo bien que me había ido a mí con el trabajo y también por tener constancia de lo beneficioso que estaba siendo su tarea para los demás. La cosa no quedo allí, me comentó que aquel trabajo podría ser de mucha utilidad e inspirador para otros, así es que me animo a compartirlo con el resto de los compañeros que participaron del taller; Esto era nuevo para mí, una cosa es compartir un trabajo personal con una persona conocida y apreciada, y otra cosa es hacerlo público, de esto no estaba yo tan seguro, me daba cierto pudor... Al cabo de unos días de darle vueltas en la cabeza me dije –*"Y si Luz tiene razón, si puede ese trabajo beneficiar, ayudar o inspirar a otros"*- y fue entonces que me decidí a publicarlo, creo que estuve un buen rato con el dedo sobre el "Enter" del teclado hasta que reuní el coraje suficiente y aprete esa tecla, supongo que en el fondo es una cuestión de soltar, aflojar, desprenderse, compartir aquello que uno cree que es suyo, sin darse cuenta que los pequeños o grandes avances que uno pueda lograr se deben en gran medida a la experiencia, la enseñanza y los aportes de muchos otros que nos preceden y nos acompañan. El resultado de esto fue asombroso y espiritualmente reconfortante, en los siguientes días, muchos de los amigos con los que compartimos el taller, me escribieron correos comentando lo inspirador, lo útil, que les había resultado aquel trabajo, que compartíamos experiencias similares, o que les había resultado inspirador para

emprender procesos similares de reconciliación ; Sentí tanta bondad y generosidad en sus comentarios que pensé, -“*Que bien se les da a mis compañeros compartir sus experiencias internas, y a mí, como me cuesta*”-.

Ese regreso de la acción me enseño que ese es el modo de que todos avancemos, compartiendo.

30 años para cumplir una promesa...

Esta es la historia de un contenido de conciencia que estuvo operando durante más de treinta años, sin que yo lo percibiera.

El día que partió Susana (1989) la mamá de mi hija, y quien con el tiempo se convertiría en Guía y la protectora de mi vida, me pidió que cuidara mucho a nuestra hija, y yo se lo prometí.

Ahora bien, ¿Cuándo una promesa así, se puede decir que se ha cumplido?, ¿Cuándo la niña cumpla 18 años? esa arbitraria edad fijada por la ley, ¿Cuándo ella tenga sus propios hijos?, ¿Cuándo uno parta?, ¿Cuándo?

Esa promesa quedo allí, los años pasaron y yo me ocupe de mi hija lo mejor que pude, ella se crio entre Siloistas, como durante muchos años no tenía yo con quien dejarla, me acompañó a las reuniones, actividades en la calle, estacionales, ceremonias y todo tipo de actividades que desarrollamos con el Movimiento, es por eso por lo que nunca le insistí con que participara formalmente, ella sabía perfectamente de que iba lo nuestro, y ya se sumaría si un día decidía hacerlo.

Ocurrió a mediados del 2019 que, con unos compañeros de mi comunidad nos disponíamos a viajar al Parque Toledo a pasar un fin de semana, creo que, a una estacional, se lo comente a mi hija y ella me pregunta si nos podía acompañar, fue para mí una enorme alegría que quisiera venir con nosotros, yo estaba feliz en el Parque presentando a mi hija a mis amigos, y ella también contándoles batallitas de cuando era niña y me acompañaba a las actividades.

Y fue entonces que llegó el momento de compartir un Oficio en la Sala del Parque, ella se sentó a mi lado, yo invoqué a su madre, mi guía, y fue en ese momento que recordé aquella promesa que le hiciera más de treinta años atrás, fue exactamente en ese momento que me di cuenta de que ese contenido había estado operando todo ese tiempo, y entonces le dije, -
“Aquí está tu hija, ya es adulta, sana, fuerte y una buena persona, creo que he cumplido mi promesa.”- y ella me respondió –**“Lo has hecho bien, muy bien”**-.

Tardamos más de treinta años, pero volvimos a estar los tres juntos, en aquella Sala de Parque Toledo.

Conclusiones

Lo primero que me viene al corazón y la cabeza es, agradecer profundamente mi tránsito por esta vida, agradezco a todas las personas que pasaron por ella, a las que me dieron y me quitaron, a las que di y quite, agradezco las aventuras y desventuras, agradezco no haberme aburrido nunca, agradezco las tragedias y las comedias de la vida, que, al fin, son solo ilusiones con las que jugar y aprender, y agradezco la hermosa poesía que la vida me susurra al oído...

Al final de este trabajo me doy cuenta que han sido muchas las señales de lo sagrado, traducciones de espacios profundos que he experimentado, mi error fue no valorarlas con la suficiente profundidad, valorarlas de modo superficial, por sus resultados externos, porque gracias a esos impulsos se resolvieron situaciones, o problemas, o simplemente disfrute de aquellos estados internos, sin comprender ni valorar en profundidad la naturaleza de aquellas señales, Han sido ventanas por donde no he sabido mirar más allá de este tiempo y espacio...

Afortunadamente no es tarde para reinterpretar todo aquello, para darle un nuevo significado, su verdadero y profundo significado, creo que mi error ha sido la superficialidad en la valoración, una visión externalizada de la vida.

Si hace un tiempo atrás, Dios se me hubiera presentado en forma de zarza ardiendo, yo hubiera pensado - ¡Que suerte, ya empezaba a hacer frío! –

Afortunadamente no es tarde para cambiar esa mirada.

Alguien me dijo hace muchos años – ¡Una vida buena y bella te es posible! –

Supongo que tenía razón.

06/03/2021